

«Y uds., ¿quién dicen que soy yo?» —Mt 16, 15

Las lecturas de este domingo forman una unidad articulada en torno a la pregunta más decisiva que Jesús ha dirigido jamás a sus seguidores: «¿Quién decís que soy yo?» No es una pregunta doctrinal: es una interpelación existencial que exige una respuesta con la vida, no solo con las palabras. Las lecturas se articulan en cuatro movimientos que van del símbolo de la autoridad → al misterio insondable de Dios → a la confesión de fe de Pedro → a la urgencia de una adhesión personal y vital a Cristo.

Is 22, 19-23 Símbolo de la llave: el profeta anuncia el relevo del mayordomo arrogante por uno fiel al servicio del pueblo. La llave como símbolo de autoridad al servicio, no del poder. Marco que prepara el sentido del encargo de Jesús a Pedro.

Sal 137 Eco orante: «El Señor se fija en el humilde y de lejos conoce al soberbio». La misericordia de Dios que no abandona la obra de sus manos. Confianza y humildad como actitudes del que recibe una misión.

Rom 11, 33-36 Doxología ante el misterio: Pablo cierra sus reflexiones sobre el destino de Israel con un himno de adoración a la insondable sabiduría de Dios. «¿Quién conoció la mente del Señor?» Nadie. Él es origen, guía y meta del universo. La fe no agota el misterio: lo contempla.

Mt 16, 13-20 Cumplimiento narrativo: la doble pregunta de Jesús en Cesarea de Filipo → la encuesta sobre la opinión de la gente → la pregunta personal y directa a los discípulos → la confesión de Pedro → la bienaventuranza y el encargo de Jesús. El texto más denso cristológica y eclesiológicamente de todo el evangelio de Mateo.

El hilo conductor es la identidad de Jesús como pregunta que interpela y como misterio que desborda toda fórmula.

El arco va del símbolo del servicio fiel (Isaías) → a la adoración ante el misterio insondable (Pablo) → a la confesión personal que exige seguimiento (Mateo). Todo converge en una sola urgencia: no basta saber quién es Jesús — hay que decidir quién es para mí y cómo cambia mi vida.

CONCEPTOS TEOLÓGICOS

1. La llave como símbolo de autoridad al servicio (Isaías / Apocalipsis). El oráculo de Isaías contra Sobná y el nombramiento de Eliaquim introduce el símbolo de la llave de David: quien la lleva al hombro abre y nadie puede cerrar, cierra y nadie puede abrir. Pero el contexto es determinante: la llave no es signo de poder para dominación sino de servicio — el nuevo mayordomo ha de ser «padre para los habitantes de Jerusalén». La autoridad en el Reino no es dominio sino paternidad. Cristo mismo, en el Apocalipsis, es el único poseedor absoluto de esa llave. Pedro la recibe en préstamo, para servir, no para poseer.

2. La adoración ante el misterio insondable de Dios (Romanos 11) Pablo cierra su larga reflexión teológica sobre el destino de Israel con un himno de pura adoración. Cuando la razón llega a sus límites ante el misterio de los planes de Dios, lo único que queda es el silencio adorante: «¡Qué insondables son sus designios e inescrutables sus caminos!» Esta actitud es un correctivo necesario frente a toda arrogancia doctrinal: los que creen saberlo todo sobre Dios — incluidos los teólogos y los pastores — necesitan recordar que nadie fue su consejero y nadie le dio primero. Él es el origen, guía y meta de todo.

3. La pregunta decisiva: «¿Quién decís que soy yo?» La doble estructura de la pregunta de Jesús es pedagógicamente brillante. Primero pregunta por la opinión de «la gente»: encuesta sociológica, distante, sin compromiso. Luego la pregunta personal: «Y vosotros...» El cambio de pronombre lo cambia todo. No se puede responder esta pregunta desde la tercera persona — desde lo que dicen los libros, la tradición, la catequesis recibida de niño. Exige la primera persona: ¿quién es para mí? Esta pregunta, formulada hace veinte siglos, sigue siendo la más actual y urgente para todo creyente.

4. La confesión de Pedro: fe revelada, no conquistada Pedro responde: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo». Y Jesús le dice inmediatamente: «Dichoso tú, porque eso no te lo ha revelado ningún ser humano, sino mi Padre que está en los cielos». La fe no es el resultado de un razonamiento correcto ni de una formación religiosa suficiente. Es un don del Padre — una revelación que se recibe con apertura y humildad. Pedro no acertó porque estudió más: acertó porque era una persona sencilla, disponible, capaz de dejarse revelar por el Padre. La fe comienza donde termina la autosuficiencia.

5. Pedro como roca frágil: la Iglesia edificada sobre la debilidad La paradoja teológica más profunda del texto es que Jesús elige como «roca» de su Iglesia a un hombre inseguro, contradictorio, cobarde — que pocos días después intentará disuadir a Jesús de ir a Jerusalén y que acabará negándolo tres veces. La Roca auténtica es Cristo. Pedro es el signo visible de esa roca — un signo frágil, como todos los signos humanos. La Iglesia no está fundada sobre la perfección de sus pastores sino sobre la presencia de Cristo y su Espíritu, que confirman en la fe incluso a los más débiles.

6. La fe como adhesión vital, no como fórmula doctrinal Los textos complementarios desarrollan con valentía la distinción entre ortodoxia de fórmulas y adhesión vital a la persona de Cristo. Hay cristianos muy «ortodoxos» que viven una religiosidad instintiva sin conocer por experiencia lo que es nutrirse de Jesús. «Confesamos a Cristo por costumbre, por piedad o por disciplina, pero vivimos con frecuencia sin captar la originalidad de su vida». La fe verdadera no consiste en creer algo sino en creer en Alguien — en encontrarse con la persona viva de Jesucristo que desconcierta, desinstala y atrae hacia una vida nueva.

Interpelación existencial: ¿Quién es Jesús para cada uno de nosotros, más allá de las fórmulas aprendidas? ¿Nuestra fe impregna la vida o se queda en conocimiento teórico? ¿Somos comunidades que ponen a Jesús en el centro o que viven de la rutina religiosa? ¿Somos discípulos o simplemente miembros de una institución?

Jesús no pregunta: «¿Qué dice el catecismo sobre mí?» Pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» La diferencia entre las dos preguntas es la diferencia entre la religión como sistema de ideas y la fe como encuentro con una Persona viva. Muchos conocen perfectamente las respuestas correctas y viven como si Jesús no existiera. Otros tienen mil dudas y lo siguen con pasión. Lo que Jesús pide no es una fórmula ortodoxa sino una adhesión vital: dejarse interpelar, desinstalar, atraer por Alguien que siempre es distinto de lo que esperamos y que da un sentido nuevo a todo.

El texto nos interpela en tres niveles.

A nivel personal: ¿quién es realmente Jesús para mí, más allá de las fórmulas aprendidas de niño? ¿Mi fe en Cristo impregna mis decisiones, mi manera de relacionarme, mi uso del dinero y el tiempo, mi actitud ante el sufrimiento ajeno? ¿O me he fabricado un «Jesús a mi medida» que no me molesta ni me desafía?

A nivel comunitario: ¿nuestras comunidades ponen a Jesús en el centro real de su vida y sus actividades, o viven de la inercia institucional? ¿Quienes se acercan a nosotros pueden sentir la fuerza y el atractivo que Jesús tiene para nosotros? ¿Somos escuelas de discipulado o simplemente asociaciones de personas con ideas religiosas similares?

A nivel pastoral: la distinción entre «cumplir los mandamientos» y «seguir a Jesús» que aparece en los textos complementarios es fundamental. El discipulado no es observancia de normas religiosas: es vivir con Jesús y como Jesús, asumiendo su proyecto de humanización, su pasión por los excluidos, su libertad ante el poder y la riqueza.

Jesús estaba con sus discípulos en la región de Cesarea de Filipo, al norte de Galilea, lejos de Jerusalén. Y les hizo una pregunta que, veinte siglos después, sigue siendo la más importante que alguien puede hacernos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

Primero había preguntado por la opinión de la gente. Las respuestas fueron variadas: el Bautista resucitado, Elías, Jeremías, algún profeta. Respuestas sinceras, respetuosas — y distantes. Hablar de Jesús en tercera persona es fácil. Decir lo que otros piensan de Él no compromete a nada. Pero luego cambió el pronombre: «Y Uds...» Y ese cambio lo cambió todo. Pedro, como siempre, tomó la palabra antes que los demás: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo».

Y Jesús le respondió con una bienaventuranza: «Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque eso no te lo ha revelado ningún ser humano, sino mi Padre que está en los cielos». Pedro no llegó a esa respuesta por haber estudiado más. La recibió. La fe no es el resultado de un razonamiento impecable: es un don del Padre que se recibe cuando el corazón está disponible y humilde.

Isaías lo había preparado con su imagen de la llave. El mayordomo arrogante será destituido; el nuevo llevará al hombro la llave del palacio de David para ser «padre para los habitantes de Jerusalén». La autoridad en el Reino no es poder para dominar: es servicio para cuidar. Y Pablo, desde Romanos, añade la actitud correcta ante el misterio que siempre nos desborda: «¡Qué insondables son sus designios! ¿Quién conoció la mente del Señor? Él es el origen, guía y meta del universo». A veces la única respuesta posible es el silencio adorante.

Jesús confía a Pedro las llaves del Reino. No porque Pedro sea perfecto — dentro de pocos días intentará disuadir a Jesús de ir a Jerusalén, y más adelante lo negará tres veces. Lo elige frágil, como todos los instrumentos de Dios. La Roca auténtica es Cristo; Pedro es el signo visible de esa roca. La solidez de la Iglesia no descansa sobre la perfección de sus pastores sino sobre la presencia del Espíritu que los confirma en la fe y la caridad.

Pero la pregunta central del domingo sigue resonando sobre nosotros: «Y Uds., ¿quién decís que soy yo?» No nos pide que cite el catecismo. Nos pide que hablemos desde la experiencia. Y eso es mucho más difícil.

Porque hay muchos cristianos que conocen perfectamente las fórmulas correctas — Hijo de Dios, Salvador, Redentor — y viven como si Jesús no existiera. Sus fórmulas son ortodoxas; su vida no ha sido tocada. Y hay otros que tienen mil dudas, que no saben responder con palabras precisas, pero que lo siguen con fidelidad cotidiana, que comparten su tiempo y sus bienes con los más pobres, que miran la vida con sus ojos. Jesús no pregunta por la ortodoxia de nuestras fórmulas: pregunta por la realidad de nuestra adhesión.

Jesús es peligroso para quien se le acerca de verdad. Su entrega a los demás desenmascara nuestro egoísmo. Su pasión por la justicia sacude nuestras seguridades. Su ternura deja al descubierto nuestra mezquindad. Su libertad rasga nuestras esclavitudes. Quien lo sigue de verdad no puede quedarse igual. Cuanto más se lo conoce, más se descubre que apenas se está empezando.

Por eso la pregunta no tiene una respuesta de una vez para siempre. Hay que volver a ella cada vez: en la oración, en el encuentro con los pobres, en la Eucaristía, en las crisis de la vida. Y rezar desde el fondo del corazón, como lo hacía aquel padre del evangelio: «Creo, Señor; ayuda a mi incredulidad».

Ahora ... qué haremos?

1	Revisar personalmente la imagen de Jesús que orienta la propia vida Cada creyente se ha construido una imagen de Jesús a partir de su historia, su psicología y su formación. A veces esa imagen es empobrecida, parcial o fabricada «a nuestra medida». Proponer en la comunidad espacios de revisión personal y comunitaria: ¿quién es realmente Jesús para mí? ¿Qué aspectos de su persona conozco poco? ¿Qué aspectos me resultan incómodos? La lectio divina de los evangelios es el camino privilegiado para esta purificación de la imagen de Cristo.
2	Distinguir entre cumplimiento religioso y seguimiento de Jesús Cumplir las normas religiosas no es lo mismo que ser discípulo de Jesús. El texto complementario lo dice con claridad: el discipulado es vivir con Jesús y como Jesús — con su estilo, su mirada, su pasión por los excluidos, su libertad ante el poder y el dinero. Proponer en la catequesis y la predicación esta distinción fundamental: ¿somos miembros de una institución o discípulos de una persona viva?
3	Poner a Jesús en el centro real de la vida comunitaria Muchas comunidades tienen a Jesús como referencia nominal pero no como centro real. Sus energías se gastan en mantener estructuras, celebrar tradiciones y gestionar conflictos. Proponer un discernimiento comunitario honesto: ¿qué ocuparía más espacio en nuestra agenda si de verdad Jesús fuera el centro? ¿Qué debería cambiar en nuestras prioridades, nuestros programas, nuestra manera de recibir a los que vienen?
4	Cultivar la adoración ante el misterio como antídoto de la arrogancia doctrinal Pablo cierra su larga reflexión con un himno de adoración: «¡Qué insondables son sus designios!» Este himno es un correctivo necesario frente a quienes creen tener a Dios perfectamente encasillado en sus categorías. Proponer en la comunidad momentos de oración contemplativa y silenciosa donde la razón cede ante el misterio. La adoración eucarística, la oración con los salmos, el silencio orante son formas concretas de este cultivo.
5	Comprender la autoridad eclesial como servicio paternal, no como poder La imagen de Isaías — la llave como símbolo de quien es «padre» para el pueblo — reencuadra toda comprensión de la autoridad en la Iglesia. El encargo a Pedro es para servir, no para dominar. Proponer en la comunidad una revisión del estilo de liderazgo: ¿nuestros responsables ejercen su misión desde la paternidad/maternidad espiritual o desde la gestión del poder? ¿El primado de Pedro nos une o se convierte en fuente de división?
6	Rezar «Creo, Señor; ayuda a mi incredulidad»: acoger las dudas como parte del camino La fe auténtica no excluye las dudas: las integra. Hay más honestidad y más vida en el «creo, Señor; ayuda a mi incredulidad» que en la repetición mecánica de fórmulas perfectas. Proponer en la pastoral una cultura que acoja las preguntas y las dudas como parte del itinerario de fe, que distinga entre duda como búsqueda honesta y escepticismo como cierre, y que acompañe a quienes están en crisis de fe con paciencia y sin juicios.